



Los irresistibles Trevelyan 1

UN ESCÁNDALO

— *para conquistar* —

A UNA DAMA



NURIA RIVERA



¿Puede un escándalo sanar el corazón de un hombre?

Londres, 1818. Henry Trevelyan, conde de Redington, vuelve a Londres tras varios años ausente sirviendo a la Corona. Su regreso es tan amargo como sus recuerdos, asociados a un padre déspota y a la muerte de su hermano cuando ambos eran niños. Un padre que ahora le exige que contraiga matrimonio. Pero no existe nada en aquella ciudad que pueda sanar el alma maltrecha de Henry, ni borrar el apodo que la tragedia le ha otorgado: el lord Maldito.

Nada excepto *lady* Georgia Hamilton, una preciosa joven que también ha vuelto a Londres para disfrutar de su última temporada. A sus veinticuatro años, y presionada por su familia, *lady* Georgia dispone de una última oportunidad para encontrar marido. Solo que lo único que ella desea es olvidar el desengaño sufrido años atrás y vivir una vida discreta en la campiña, rodeada de libros y de paz.

Cuando está a punto de ser atropellada por el carruaje de Henry Trevelyan, ninguno de los dos es capaz de adivinar lo que el destino les tiene reservado ni que, cuanto más se huye del amor, más riesgo se corre de encontrarlo.

Índice de contenido

Un escándalo para conquistar a una dama

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

*A Lola, que me prestó su nombre
para un personaje y aún no
le he creado la historia.*

Capítulo 1

Derbyshire, abril de 1818

Mientras el carruaje seguía el sendero que la sacaría de Derbyshire, Georgia Hamilton maldecía el instante en que se dejó enredar por su cuñada y su hermano para visitar Londres.

¿Qué se le había perdido a ella en Londres?

Nada, absolutamente nada.

Odiaba Londres.

–Lo pasaremos bien, iremos a fiestas y haremos que tu hermano gaste una buena cantidad de dinero en nuevos vestidos –trataba de animarla Vivian.

Sonrió. Vivian era su mejor amiga, por eso el día que supo que su hermano mayor, el actual marqués de Mansell, había puesto los ojos en ella se sintió feliz porque serían hermanas y nunca le había fallado. Hasta aquel día. Ella más que nadie sabía lo que le había ocurrido en Londres y que la temporada no le sugería ningún aliciente. Además, no veía la urgencia de hacerse con un nuevo vestuario, ni le apetecía acudir a bailes donde el salón estuviera abarrotado de gente y lo peor de todo, tendría que bailar... si alguien se lo pedía.

No tenía ganas de bailar, no desde...

–Deberías estar contenta. Hace mucho que no sales de casa, así jamás cazarás a un marido –dijo su hermano con

burla. Él sabía cuánto le molestaban aquellas palabras, las mismas que usaba su madre cada vez que quería provocarla. De sus cuatro hijos, un varón y tres hembras, ella era la única soltera, y era la mayor de las hermanas—. Olvida de una vez al bastardo de Winstrop. No hay mejor desprecio que no hacer aprecio.

—Está olvidado desde hace tiempo. —Respiró para serenarse; hacía mucho tiempo que había cerrado la puerta a los recuerdos de su pasado, pero la emoción que tenía asociados a ellos tuvo que reprimirla, todavía dolía—. ¿Por qué nadie me cree cuando digo que estoy bien como estoy?

—Quizá porque tienes veinticuatro años y porque no has aceptado a ningún caballero.

—Son todos medio tontos.

—Ahí tengo que darle la razón, querido —intercedió por ella Vivian—. Georgia merece a alguien que esté a su altura, un caballero que le genere palpitaciones cuando la mire, no somnolencia.

—¡Yo no pretendo ninguna de esas cosas! A veces es mejor conformarse con un buen libro —respondió, mirando a su amiga de soslayo. Encontrar un caballero que con solo mirarla le alterara el pulso le pareció improbable, pero solo con imaginarse la situación sintió que se ruborizaba. Por suerte, eso era tan difícil de que ocurriera como ver el ave Fénix.

«¿Por qué no puede pasar? —le susurró una voccecita interior—. No te engañes, vas a Londres en busca de aventura y resarcimiento».

Se tocó la frente con la mano enguantada y así despejó su mente de aquella voz que se le colaba cuando menos lo esperaba.

—Solo quiero que sepas que puede que nos encontremos a lord Winstrop —soltó su hermano como advertencia.

—Te repito que no ocupo mi pensamiento con él, si es lo que crees —se defendió—. Hace tiempo que decidí que

Octavius Brown no valía la pena, ni la pequeña corte que lo rodeaba.

–No consiguió hacer la boda que pretendía y se alistó –aseguró su hermano–. Dicen que participó en la derrota de Napoleón; luego apenas se ha sabido de él.

–Querido, di mejor que no consiguió las libras que esperaba obtener con aquel matrimonio y su tío le compró un buen cargo que le permitiera ascender para que pudiera hacer carrera militar –añadió Vivian, después la miró fijamente y le dijo muy seria–. Prométeme, Georgia, que, si lo encontramos en algún baile, no le dirigirás la palabra.

–No creo ni que se me acerque, pero no os preocupéis, si lo hace lo cocearé como si fuese una mula –bromeó, lo que generó unas risas en el carruaje.

«Si se me acerca lamentará haberlo hecho», se prometió.

–Tienes que estar arrebatadora –sonrió Vivian con coquetería, y las amigas compartieron una mirada cómplice–. Nunca se sabe a quién se va a encontrar una en un baile. Además, si te ve, que rabie por lo que perdió.

Sabía muy bien a qué se refería su amiga: al día en que su hermano Thomas la miró con ojos de enamorado. Vivian se había propuesto conquistarlo... y lo había conseguido. Habían formado una bonita familia, con sus dos hijos de dos y cuatro años.

–Me miras con buenos ojos, querida, ese hombre no echará nada de menos al verme.

El incómodo traqueteo del carruaje le provocó malestar mientras se decía, aunque no lo reconocería en voz alta, que le gustaría mucho encontrárselo. En cuatro años había ensayado varias cosas que decirle, aunque no le daría el gusto de verla despechada. Y lo que le generaba gran curiosidad era saber qué demonios había hecho en la guerra. Tras eso había desaparecido del mapa, decía Vivian, aunque también había dicho que no se movían en los mismos círculos.

Con un gesto que parecía disimulado, su hermano rozó la mano de su esposa. Georgia cerró los ojos y simuló que quería dormir un poco; pensó que así les daría algo de intimidad. Quizá debería haber ido en el otro carruaje, con su madre, y dejar a la pareja con sus hijos; pero cuando Vivian organizaba algo no había quien la hiciera cambiar de idea. La abuela iba feliz con los niños y una niñera, y ellos también. De pronto sintió una manta sobre sus rodillas y se arrebujó con ella. La primavera asomaba por las veredas, los caminos y los montes, y a aquella hora el sol todavía no calentaba lo suficiente. Con los ojos entrecerrados percibió que la pareja también se había cubierto y su amiga descansaba la cabeza sobre el hombro de su esposo. ¿Estaría ella alguna vez así con un hombre? Quizá había pasado demasiado tiempo entre libros y desperdiciado sus mejores años. Con el tiempo, algunas decisiones se podían percibir como desacertadas.

«Londres puede ser lo que necesitas. Una escapada, quizá un flirteo, y regresarás al campo con alguna experiencia que recordar en los años venideros».

No sabía desde cuándo esa vocecilla, que escuchaba en más de una ocasión, se había adueñado de su pensamiento, pero lo que la mortificaba era que, más veces de las que confesaría, se había descubierto pensando que sus sugerencias no eran tan descabelladas.

* * *

Londres no había cambiado demasiado.

Desde que llegaron a la casa de Mayfair, sintió que volvía a ser aquella joven de veinte años, con amigas, y que retornaba del campo para su segunda temporada.

En aquel tiempo de retiro autoimpuesto supo que algunas de aquellas amistades se habían casado; las más bonitas consiguieron un buen partido en su primera temporada, otras en la segunda y otras, como ella, habían ge-

nerado expectación, pero no cosecharon el éxito deseado por sus familias. Tenía que reconocer que ella no había puesto demasiado interés en cazar a un marido, pero lord Winstrop había hecho que pensara en ello como algo lógico. Lo que no esperaba era ser el centro de sus burlas. «De campo», se repitió en su mente. Había tenido la desfachatez de decirle que era de campo, como si fuese una pobre campesina y no la hija de un marqués. Como si eso significara que era insulsa y tonta. ¡Si había leído más libros que él!

El conde la había despreciado, pero lo que de verdad la había herido fue comprobar cuánto daño podían causar unas palabras mal intencionadas y cómo podían mancillar una reputación. Eso ya estaba olvidado, por supuesto, aunque aún se recriminaba haberse sentido culpable durante tanto tiempo por no haber sido suficiente para aquel hombre. Por suerte, ahora ella era otra mujer.

Pasear por las calles, varios años después, le trajo recuerdos de otra época. Se sentía muy cómoda con su hermano y con Vivian. Los adoraba y sabía que el sentimiento era correspondido, también sabía que aquella invitación a pasar en Londres unas semanas era para que tuviera la oportunidad, quizás la última, de conquistar a algún caballero.

Recordó la conversación que había tenido con Thomas.

—No quiero que estés sola —le había dicho su hermano una tarde, mientras paseaban por los jardines de Devenhill House, la finca familiar—. Nadie mejor que tú lleva esta casa y las cuentas. Ni siquiera Vivian es tan avispada, pero quizás podrías gobernar tu propia hacienda, cuidar de un esposo con el que tengas una vida tranquila, unos hijos que te llenarán de alegría. Una boda por amor es lo más deseable, te lo aseguro; solo un tonto no se enamoraría de ti. Pero también puede funcionar un matrimonio sin

amor, mira el de nuestros padres. Solo hace falta respeto mutuo para que lleguen el aprecio y el cariño.

–¿Qué te hace suponer que deseo un marido? –se burló–. Alguien que me diga qué debo hacer y pensar.

–No todos los hombres son así.

Thomas se había casado enamorado de su esposa, algo poco habitual en aquellos tiempos; no faltaba quien aún se sorprendía si los veía bailar más de una pieza en las fiestas. Como si fuera un escándalo, se convertían en un chisme durante horas.

–Será en tu caso... –le sonrió–. No te preocupes por mí, estoy bien así. Quizá vosotros encontrasteis eso que es tan difícil de hallar: el amor.

–Tú mereces ser amada.

Paseaba del brazo de su hermano y le dio unos golpecitos cariñosos en la mano, como si con eso le dijera que lo dejara pasar. Unas semanas después la sorprendió con la idea de pasar unas semanas en Londres.



Tres días después de llegar, Vivian se había propuesto pasearla por todas las tiendas de Bond Street. Habían comprado sombreros, guantes y zapatos y se habían encargado varios vestidos. Le molestaba que su hermano hiciera aquel dispendio. Los vestidos que había elegido eran demasiado bonitos para lucirlos en Derbyshire. Además, tan solo unas semanas antes de viajar a Londres, su hermana pequeña, Alice, le había traído uno de Gales como regalo de cumpleaños. Lo acababa de estrenar, a pesar de que la lluvia había embarrado las calles y no era el mejor día para ponérselo.

Al salir de la modista, y de visitar algunas tiendas más, decidieron alargar el paseo hasta Piccadilly. Pidieron al cochero que las esperara allí para llevarlas después a May-

fair. Georgia tenía intención de comprar algunos libros en Hatchards.

Bromeaban sobre cómo iban a pasar aquellos días y Vivian relataba las fiestas más interesantes para acudir y a las que no podían faltar, aparte de algunas veladas musicales y otras tantas *soirées*, mientras Georgia no hacía más que quejarse de que eran demasiados eventos sociales y demasiadas compras inútiles. La doncella de Vivian las seguía con la sonrisa pintada en la cara; con seguridad estaba convencida de que su señora acabaría imponiendo su criterio.

—Ah, y no podemos dejar de hacerle una visita a *lady* Henrietta Trevelyan. Ya le envié una tarjeta para anunciarle nuestra visita —siguió enumerando su cuñada sin hacer demasiado caso a sus quejas—. Mi madre me insistió mucho en que la visitara; son grandes amigas. Papá y su primer esposo, el conde de Hampton, eran íntimos. Si alguien puede ayudarte en la temporada, esa es Henrietta; es una dama con mucho prestigio, no solo por su poderosa familia, sino que, como hija de una gran mujer, la difunta marquesa de Middletong, sigue la labor de su madre y ha patrocinado a otras jóvenes que pensaron que nunca se casarían. Seguro que nos ayuda.

—Qué empeño tenéis todos en que me case. Pero si ya lo estoy, con el señor Devil.

—¡Georgia Hamilton! Ese es tu caballo —contestó Vivian, alzando la voz. Luego modificó el tono y continuó con afecto—. No te das cuenta de que quiero que seas feliz, tanto como lo soy yo. Deja de refunfuñar tanto y disfruta de estos caprichillos.

—Creo que entre todos os habéis propuesto mimarme demasiado. No sé si os doy pena o queréis matarme de un disgusto.

—Eres una exagerada. A mí no me das ninguna pena, además, me encanta que estemos tan unidas; si te casas, a saber dónde te marcharías —respondió Vivian, pero Geor-

gia se perdió por un segundo en su pensamiento: «si pudiera me iría al fin del mundo con tal de poder saber cómo es». Para escapar de aquella conversación que no la llevaba a ninguna parte, se adelantó, interesada en el escaparate de la librería que ya veía al otro lado de la calle. Sin avisarla, comenzó a cruzar—. Eh... ¿adónde vas?

Georgia rio al escucharla y se giró para hacerle ademán de que aligerara. Vivian era todo lo contrario a ella, tal vez por eso se llevaban tan bien. Era tranquila y relajada, nunca aparentaba prisa y tenía todo el porte de una dama. En cambio, ella necesitaba estar activa y sentía mucha curiosidad por todo; le gustaba vestir bonita, no iba a negarlo, pero su porte no era tan distinguido y le molestaban las normas sociales que le decían qué podía y no podía hacer.

Sin darse cuenta, había atravesado media avenida sin mirar; no percibió el ruido de un carruaje, pero la cara de horror de Vivian le anunció que estaba en problemas. De pronto unos caballos se le echaron casi encima, y al dar un paso atrás trastabilló y acabó en el suelo, sentada sobre sus posaderas.

Los caballos se encabritaron, pero la pericia del cochero hizo que se detuvieran. Como surgido del infierno, un hombre vestido de negro salió del carruaje a toda prisa. Tras evaluar la situación en un segundo, le gritó.

—¡Imprudente! Las bestias podrían haberla matado.

Perpleja, y con los ojos clavados en aquel dandi oscuro, no era capaz de levantarse del suelo, pero no tanto por la vergüenza que la situación y las miradas de la gente de alrededor le causaban, sino porque aquel hombre vestido de negro absoluto y con la mirada ceñuda y cargada de rabia era el más atractivo que había visto en su vida... y también el más maleducado e intimidante. No le faltaba razón, pero antes de gritarle podría haberse interesado en saber si se encontraba bien.

Ante su falta de respuesta, el hombre se dio la vuelta, supuso que para volver al carruaje, del que había salido otro caballero, pero como si se diera cuenta de algo se giró de nuevo hacia ella, que seguía en el suelo con las manos apoyadas en la húmeda calzada a ambos lados de su cuerpo. Georgia vio pasar por la cara del desconocido algunas emociones que no supo descifrar, estaba tan concentrada en ellas que no se dio cuenta de que Vivian llegaba a su lado y le hablaba a la vez que trataba de levantarla. Entonces vio la mano enguantada que el hombre le tendía, y no supo si tomarla o no.

–No tengo todo el día, señorita. ¿Quiere que la ayude o no?

Casi con rabia aceptó la ayuda, aunque debería haber podido levantarse sola.

«Si no estuvieras tan embobada mirándolo».

Se deshizo de aquel pensamiento. Algún día debía tener una conversación muy seria consigo misma. Ya en pie sintió la humedad del pavimento mojado en su vestido, pero a la vez un extraño calor parecía inundarla por completo.

De pronto la voz de Vivian, llena de preocupación y miedo, se le hizo muy presente y la sacó de sus pensamientos. Con un tirón brusco recuperó la mano que aún seguía entrelazada a la del caballero, como si tuviera que desengancharse del agarre masculino.

Su amiga seguía hablando llena de angustia a su lado.

–Vas a matarme de un susto...

Tras un silencio continuó.

–¡Oh, Georgia! Tu vestido –se lamentó Vivian. Ella miró hacia el lugar que observaba, una enorme mancha de barro en su trasero. Para su consternación, el caballero oscuro y su acompañante también miraron hacia el mismo lugar. Estaba segura de que la mitad de Londres, reunida en aquella calle, también lo hizo.

–¡Deje de mirar! –exigió con enfado–. No es de caballeros. ¿Estará satisfecho con lo que ha conseguido?

–¿Qué pretende decir...? –Su voz era profunda, varonil, ese tipo de voces que se quedan grabadas en el alma–. No trate de culparme a mí o a mi cochero. Usted no miraba por dónde iba, la he visto por la ventana.

Tenía razón, pero no pensaba dársela. Luchaba contra esa vocecilla que la incordiaba al asaltarla cuando menos lo esperaba.

«Es apuesto».

Volvió a mirar hacia su retaguardia; para su bochorno, el hombre también.

Su vestido se había arruinado por completo, casi sintió las lágrimas amontonadas en el borde de sus ojos; además, le dolía el trasero y se sentía abochornada.

–Maldición, y es mi vestido favorito –soltó, tratando de limpiarse las ropas. Lo único que consiguió fue ensuciar, un poco más, los guantes.

–¡Georgia! –exclamó Vivian, con asombro. Su cuñada la reprendió por sus modales, pero qué más le daba la opinión de alguien que estaba siendo tan grosero.

–Si nos disculpa –dijo dando un paso firme que obligó al hombre a moverse del sitio. De reojo vio a su amiga observar el carruaje. Estaba segura de que los caballos, unos caballos preciosos, por cierto, no habían sufrido ningún daño. Solo su trasero y su orgullo salían perjudicados.

–Disculpen a mi primo –murmuró el acompañante, y Georgia se detuvo–, quizá ha perdido los modales. ¿Se encuentra bien? Si les parece podemos llevarlas a algún lugar. Es lo mínimo.

–De ningún modo, señor, su *primo* ya ha hecho suficiente –contestó con una seguridad que no sentía y con una mirada que atravesó al caballero oscuro.

Sonrió al otro, más amable y, tras una pequeña inclinación de cabeza, echó a caminar con paso enérgico y la cabeza erguida, como si llevara el vestido impoluto; pero